

gos y levantarse con algunos lugares; y que sería necesario, pues se tenía noticia cierta de su traición, antes que la ejecutase, prenderle y castigarle. El rey respondió que en ninguna manera le mandaría prender, y que tendría por mejor ser dañado con la traición y poca fe de los suyos, que mostrar que no se confiaba de ellos. Y así dijo: « Lévantese contra mí cuando quisiere el capitán Riccio; que yo, hasta que lo vea con mis ojos, no quiero creer cosa semejante de criado mío ni de hombre á quien yo haya hecho bien. » ¡ Oh grande ejemplo, que imitado será guarda de la reputación del príncipe! Procure el rey no merecer por su tiranía y vicios levantamientos, y no hará caso de los que le dijeren le son traidores ó lo quieren ser; que importa mucho no mostrarse desconfiado de los vasallos y de los criados. Empero si es tirano, no se fie de las conjuras que castiga, ni de los traidores que prende; que los castigos en casos semejantes ántes los irritan que los agotan.

Acusaron á un caballero noble y de generosa familia, de crimen de lesa majestad: fué convencido de este delito delante del juez. El rey lo supo; y porque la culpa de uno no fuese mancha á toda una familia ilustre, no consintió se le diese la pena que merecía. Llamóle á solas, y reprendiéndole con amor, con su clemencia excoisó en su linaje la nota, y en el delincuente la sangre, y le obligó al reconocimiento y enmienda.

Roger, conde de Pallares, caballero de alto linaje y de señalado esfuerzo, dijo al rey que si él quería, estaba determinado de dar de puñaladas al rey don Juan de Castilla, que era mortal enemigo del rey don Alonso, y que sabía adónde y cómo lo podía hacer. El rey le dió por respuesta que no por el señorío de Castilla, empero que ni por el imperio universal del mundo, consentiría en acción tan fea, que fuese mancha detestable á su memoria y horror á los porvenir. Lo mismo respondió á un florentin que estaba desterrado de Florencia, y le ofreció de matar á Cosme de Médicis.

A los que en el cerco de Escafato le dijeron no solo feas y malas palabras, sino ignominiosas, cuando entró por fuerza el lugar, contra el parecer de su hermano y

del príncipe de Taranto y de todo su ejército, los perdonó y envió libres. ¡ Señor! Estas acciones todas son evangélicas: perdonar injurias, dar bien por mal, vencer con el perdón, conquistar con la paz, quebrantar la furia con la paciencia, castigar con la misericordia; y todas las ejercitó en guerra viva y temporal el rey don Alonso. Rey tan grande, tan valiente y tan sabio, que preguntándole un allegado suyo si podría ser, y por qué, que un rey tan rico y poderoso como él, y señor de tan grandes señoríos y reinos fuese pobre, respondió que si se vendiese la sabiduría, para comprarla lo diera todo. ¡ Cómo podía dejar de hacer lo que he dicho quien dijo lo que refiero? Eran en él tales las obras, y tales las palabras con que en el decir y el hacer fué sabio, invencible, piadoso, valiente y bienaventurado rey, para ejemplo de los que quisieren serlo.

Esto, Señor, acuerdo á vuestra majestad como vasallo suyo de buena ley, sin perder jamas de vista la del Evangelio y sagradas letras, á cuya luz (bebiendo la de estos *Discursos Politicos* en aquel inmenso piélago de la suma verdadera sabiduría) he procurado disimular mi ignorancia, tomando con las plumas de los mejores secretarios de Dios y ministros escogidos suyos, que con el *don altísimo* de su gracia nos dieron aprobada doctrina para solicitar su gloria en el acierto de las acciones humanas, amaestradas en su divina escuela; cuyo fin ha sido el mío, y no otro, en el empeño literal de este ocio.

A honra y gloria de Dios y de Jesucristo nuestro Señor, de la siempre Virgen María su Madre, y del apóstol Santiago, único patron de las Españas, acabé esta obra con intento de servir con mi poco caudal y cortos estudios á la majestad del muy poderoso, muy alto y bienaventurado rey de las Españas don Felipe IV, monarca de los dos mundos, invencible, magnánimo y siempre augusto; sujetando todo lo que en ella he escrito (deponiendo mi propio sentir) á la corrección y censura de la santa, sola y universal iglesia de Roma y á sus ministros.

VIN DE LA POLÍTICA DE DIOS Y GOBIERNO DE CRISTO.

EL RÓMULO DEL MARQUES VIRGILIO MALVEZZI.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON JUAN LUIS DE LA CERDA,

duque de Medinaceli, marques de Cogolludo, conde de la ciudad y gran puerto de Santa María, marques de Alcalá, señor de las villas de Deza, Enciso y Lobon, y las demas de sus estados y señoríos, comendador de la Moraleja, del órden y caballería de Alcántara.

EXCELENTISIMO SEÑOR: No dedicó el docto y profundo y elegante y nobilísimo marques Virgilio Malvezzi esta obra, inmensa en pequeñez tan abreviada, á ninguna persona: dejóme á mi la elección, y vuecelencia me asegura el acierto, y á tan esclarecido escritor la gloria. No la doy á vuecelencia para que la ampare, sino para que la lea; que dedicar libros con aquel fin, es fin vano de que hacen caudal los presumidos que acuña humo, y con este el útil de que se recibe salud. Ofrecer libros á quien no los sabe leer, ántes es despreciarlos que favorecerlos; queda el autor con mal dueño, y el que le dedica sospechoso, si no de peor intento, de no buen seso. Recibiéndole vuecelencia conocerá su valor y mi buena voluntad; y porque este reconocimiento mio no tenga facciones de dedicatoria de impresion socorrida, callaré la grandeza de la casa de la Cerda, restituyendo á los lectores esta noticia (si alguno no la tiene) en las historias de los señores reyes de Castilla y Francia, donde coronadas podrán leer todas las venas de vuecelencia, á quien dé Jesucristo nuestro Señor su gracia y en larga vida buena salud, como deseo y he menester en esta casilla que abriga mi desprecio. Madrid 2 de setiembre de 1631.

Don Francisco de Quevedo Villegas.

A POCOS,

don Francisco de Quevedo Villegas.

No es tan glorioso Rómulo por haber edificado á Roma, como por haber sido edificado del marques Virgilio Malvezzi: más durable será en tales escritos su vida, que lo fué en sus muros su ciudad; mejores materiales son tales razones, que tales piedras: acabó aquella grandeza, no acabará esta fama. Rómulo entretenía señales de su nombre, sepultadas en los cadáveres de aquellas ruinas, que servían mas de conjeturas á los curiosos, que de información: agora no solo resucita, ántes nace; que esta vida es nueva, siendo parto, no de Rhea sino del ingenio; alimentada, no por una loba, sino por el estudio: no tiene por su cuna al Tíbre, sino á la pluma mas feliz de Italia. Escribieron la vida de Rómulo muchos, mas á Rómulo ninguno. Los pasados fueron historiadores de su vida, nuestro autor de su alma. Habíanse leído sus acciones, no sus intentos; los sucesos, no la causa de ellos. El Marques escribe el príncipe, los demas el hombre. Llámase Rómulo, no historia ó vida de Rómulo, porque no se dice solo lo que de él se supo, sino lo que supo él. Refiérese lo que vieron todos, y lo que él procuró (si fuese posible) que no se viesse. Con tal diligencia le ha descifrado el Marques, que si, como él le ha sabido escribir en su muerte, le hubieran sabido penetrar en su vida, ni él reinara, ni su hermano muriera: tanto vale el interior ignorado. Más grandezas se le deben á la disimulación, que al valor. A Rómulo no le guardó Faustulo, sino el Marques; y recibe mejor alimento de esta tinta, que de aquella

leche. Y se puede asegurar se desapareció para aguarde esta duracion con rebozo de fallecimiento. Entónces fué maravilla que no se supiese su muerte ni sepultura : hoy es prodigio mas dichoso, pues se sabe que ni padecerá la una, ni temerá la otra. En una vida escribe dos vidas el Marques : la de Rómulo, breve; la de su nombre, eterna. En un libro donde es inmensa la escritura y corta la leccion, pues ninguno tardará en leerle ni acabará de estudiarle, desear que todos le estimen es tan justo, como difícil que le imiten algunos. Segun esto, obligacion es admirarle, y locura competirle.

Sume superbiam quæsitam meritis (a).

AL QUE LEYERE.

He discurrido (mas no hasta ahora cumplidamente) en las vidas de los siete reyes de Roma. Esta de Rómulo, si te agrada, lector, es el principio de este libro; si no te agrada, es el fin. Pocas son las hojas, mas si son malas no se encarece bastantemente. Toda entidad es muy grande si su formalidad es disforme. Son pocas las hojas, mas muchas si son buenas; porque la calidad de lo bueno es medida del número, y la intencion es quien las dilata. Yo llamo mercenario al que en mucho papel da pocos preceptos. Págame el precio de lo que aprende, la paciencia del que lee; y el autor es el peor de los ladrones, pues roba el tiempo que no puede restituir. La arte es larga, la vida es breve : esta se consume más en leer que en aprender, porque los hombres se deleitan más en escribir que en enseñar; y para adelantarse hoy en las ciencias conviene ser mejor atleta que académico; porque en la abundancia del volumen no se fatigan ménos los brazos de aquél, que el entendimiento. Yo escribo á príncipes, porque escribo de príncipes. Entretenerlos en cuentos, es pecar contra la comodidad pública; cùranse sus achaques con las quintas esencias, no con los cocimientos.

He dedicado esta fatiga en mi mente, no en el libro, porque no quiero otro protector que al que lee, ni otro premio que ser alabado y sufrido. Lector, si no aplaudes al buen entendimiento, aplaude á la buena voluntad.

Trabajo es el escribir de los modernos : todos los hombres cometen errores; pocos, despues de haber incurrido en ellos, los quieren oír; conviene adularlos ó callar. El discurrir de sus acciones es un querer enseñar más con el propio ejemplo, que con el de los otros; más á quien escribe, que á quien lee; más de callar, que de obrar. Los hechos de los príncipes tienen antes otro cualquier semblante que el verdadero; y el contarlos como parecen, tiene de lo épico; como son, de lo satírico. Tambien los aduladores han por esta propia manera engrandecido las acciones buenas; que decir las puramente, se interpreta por vituperio; porque la verdad de la cosa que se oye, es disminucion de la que se cree; y algunos arriban á presuncion de quitar el lugar á los aduladores, juzgándose mayores que la adulacion. Los hechos de los presentes no se cuentan con seguridad, ni se oyen sin peligro; se pueden siempre reverenciar, y nunca se deben juzgar : los que los imprimen buscan una gloria incierta, y se exponen á un cierto peligro; aquellos que los dejan á los porvenir no han sacado otro fruto de las fatigas presentes, que la contemplacion de una futura ideal gloria. La gloria mundana se acaba con el mundo, y para nosotros el mundo acaba con la vida. Pensar solo al provecho de los por venir, es concepto, y sobrehumano y necio; dedicar el sudor á sola la ambicion, es diabólico; acompañarle con la utilidad ajena, es humano; desacompañarle de la propia, es divino.

No pisaré yo tan áspero y dificultoso camino. Escribiré del siglo pasado para el presente. Los defectos del sol, que se observan con seguridad en los reflejos del agua, no se muestran derechamente en el cielo sin perjuicio del ojo. Escribiré mas del hombre, que de tal hombre; porque este muere y aquel vive; y desfogando la ansia del genio en los acontecimientos de lo pasado, si no me produjere palma de gloria, servirá por escudo contra la envidia.

(a) En la edicion de Madrid de 1633 se estampa el siguiente juicio y advertencia : *Juicio del doctor Jerónimo Antonio Pallés, del texto y de la version.* — Con mejor estrella nació Rómulo para las plumas que para el reino, pues en Italia le escribió el marques Virgilio Malvezzi, y en España le traduce don Francisco de Quevedo Villegas. Acompañan su vuelo á la eternidad dos plumas que desacompañadas de otras hacen efeto de alas. Rómulo debe envidiar al Marques que le escribe, y el Marques al que le traduce. Rómulo queda con premio en la historia, el Marques en la traduccion : don Francisco queda sin premio. Mas ni es novedad, ni le será nota en tanto que, teniendo el juicio con buena salud, no le echare ménos; y en los perseguidos el seso está en salvo del frenesi y desvarios, y los méritos cuerdos nunca desesperan, por ser estilo que lo que deben unos tiempos lo paguen otros. Merecer y no alcanzar es virtud con ejercicio de paciencia; y si es desdicha, es de otro. Los dias le daran lo que le niegan los dias. — *Doctor Jerónimo Antonio Pallés.*
El impresor. — Mal trasladado vino á mis manos este libro; leíle yo, fui curioso, díle á la imprenta, por ser liberal; no por el interes de venderle, sino por el de comunicarle. Luego que vi que don Francisco de Quevedo le traducia, le tuve en gran precio; y porque no saliese agraviado de la copia, le cotejé con el original italiano, y agradeci á mi sospecha la nueva ocasion de repetir tan admirable leccion. Mejor me la ha de agradecer quien le estimare mucho, que quien le pagare mas. — *El Colector.*

Las acciones de los antiguos, si se examinan, no se malician, porque somos sus imitadores, no sus émulos. Oyense con gusto las alabanzas de aquellos que, ya apartados de la envidia, en sus grandes hechos realzan la flaqueza del sér humano; y el vituperio que se da á las acciones de los que pasaron no desagrada, mientras disminuye la mala opinion de lo presente.

La envidia es un veneno que no obra donde no hay calor. Los cadáveres son alimento de cuervos ó gusanos, no de hombres : solamente la muerte tiene hielo bastante á apagar el fuego de la envidia y dejar ceniza de compasion. Ella nos amonesta que ninguno es superior á los otros, cuando ella los iguala todos; y los vocablos de los bien afortunados, padeciendo una repentina trasformacion, se mudan frecuentemente en nombre de miseria y pobreza. Servirame por sugeto el valor de Rómulo, la piedad de Numa, la fiereza de Tulio, la bondad de Anco, la sagacidad de Lucúmon y la impiedad de Tarquino.

[Faint, mostly illegible text from the reverse page, appearing as bleed-through or very light printing.]